

mos obligados á obedecer á nuestra conciencia; mientras ella se extravía de *buena fé*, no es sino una desgracia, y lo que exige la Iglesia es que toda persona pueda evitarla, teniendo plena libertad de abrazar la verdad desde el punto en que la conozca.

En resúmen, el Papa condena la libertad de conciencia, pero no la libertad de la conciencia, que es cosa muy diversa.

X.

CONDENANDO LA LIBERTAD DE CULTOS, EL PAPA QUIERE OBLIGAR
A LOS GOBIERNOS A PERSEGUIR A LOS INCREDULOS,
A LOS PROTESTANTES Y A LOS JUDIOS, A RENOVAR MATAN-
ZAS Y A ENCENDER OTRA VEZ POR TODAS
PARTES LAS HOGUERAS DE LA
INQUISICION.

Nada de esto quiere el Papa, y los que lo dicen no creen jota de ello. Pio IX dice simplemente á los gobiernos católicos (pues solo á estos se dirige): "No hay mas que una religion verdadera, así como no hay mas de un Dios, un Cristo, una fé y un bautismo; y esta sola religion, no lo olvideis, es la de la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana." Si á consecuencia de la desdicha de los tiempos, un gobierno católico se vé en la necesidad de ponerla sobre igual pié que las falsas religiones protestantes, judía, mahometana, &c., debe, al menos, deplorar tal estado de cosas y no reputarlo nunca como un estado regular y normal, esto seria rebajar la verdad al nivel del error; seria menospreciar la fé.

Un gobierno verdaderamente católico debe, en tal caso, facilitar lo mas posible á los Obispos y sacerdotes el ejercicio de su sagrado ministerio, á fin de que puedan, por medio de la persuacion, y del celo de su caridad, trabajar mas eficazmente en la conversion de los herejes y demas disidentes. Debe impedir hasta donde se lo permitan las circunstancias y las leyes de la prudencia, la difusion de la herejía: debe, en fin, tratar de procurar á todos sus súbditos en su propio interes, así como en el de la Iglesia, el be-

neficio inestimable de la unidad religiosa, y por consiguiente de la paz.

El Papa no pide otras *dragonadas* que éstas, y preciso es confesar que no son ni sangrientas ni peligrosas. Induce á los Soberanos católicos á hacer por sus súbditos lo que hace un buen padre de familia por sus hijos y domésticos: les facilita por toda clase de medios el conocimiento y la práctica de la religion, aparta de ellos, hasta donde puede, todo aquello que tienda á alterar su fé y á corromper sus costumbres; tolera el mal que no puede impedir; pero no pierde ocasion de reprobar ese mal y de comprimirlo si no alcanza á hacerlo desaparecer por completo.

En cuanto á las hogueras de la Inquisicion, nada tienen que hacer aquí, ni hay, en verdad, otros leños que los zoquetes que las temen. En nuestra época, sobre todo, la Iglesia no quiere conquistar almas sino por medio de la dulzura. ¿Quién pensaria en emplear la violencia para imponer la fé? Al mismo tiempo que los compadece y trata de ilustrarlos, la Iglesia Católica respeta á los espíritus que de buena fé están en el error. Intolerante y absoluta cuando se trata de las doctrinas, abraza una tolerancia llena de caridad desde que no se trata sino de las personas.

XI.

LA ENCICLICA INTRODUCE EN TODO EL DESORDEN; TODO
EL MUNDO LA ATACA; LUEGO ES MALA.

De consiguiente, no es sino muy buena. Reinando por todas partes el desórden en los espíritus, la palabra del Papa tiende á restablecer el órden por donde quiera. Es una operacion quirúrgica que asusta al mundo enfermo; la teme y se estremece y resiste, lo cual es muy sencillo y lógico. Mas, ¿prueba esto que la operacion no sea necesaria y benéfica?

¿Decís que todo el mundo está contra el Papa? Y el Viernes Santo, ¿no todo el mundo gritaba en Jerusalem contra nuestro Señor? ¿Era por esto culpable el Divino Salvador de los hombres?

¿Todo el mundo ataca la Encíclica? Esto únicamente prueba que todo el mundo ó casi todo él ignoraba los principios de la Iglesia respecto de las mas grandes cuestiones sociales. Gracias á nuestras revoluciones y al aluvion de los malos libros, y sobre todo de los periódicos anticristianos que inundan á la pobre Europa, de mas de un siglo á esta parte, los principios mas elementales han sido olvidados, y á los espíritus mas rectos cuesta trabajo el conocimiento de la verdad. Esto no es del todo culpa suya, pues muy difícil es resistir á la corriente de los errores públicos. La ignorancia sirve de fuerte excusa ante Dios.

Ahora, á la luz de la palabra pontificia, esa ignorancia va á disiparse poco á poco, al menos en las filas de los hombres sinceros, y la Encíclica promete á la sociedad mejor porvenir.

Por otra parte, vuestro "todo el mundo" paréceme un tanto cuanto exagerado. Por ventura, ¿todos nuestros Obispos no representan algo en el mundo? ¿No constituyen con el Papa la mas magistrosa y poderosa al par que la mas competente de todas las autoridades en tal materia? ¿Acaso los cuatrocientos ó quinientos mil sacerdotes esparcidos por todo el universo, no son tambien algo y algo de considerable? ¿Será que los millones y millones de fieles católicos que han saludado la Encíclica como una palabra descendida del cielo, no deben pesar en la balanza?

¡Trátase, sin embargo, de la parte escogida de la sociedad, y ella está por Pio IX!

No reclama, pues, todo el mundo contra este gran acto de salud pública; los desdichados que se enojan son los que mas necesitan de él. La luz no causa molestia sino á los que padecen de la vista.

XII.

HAY BUENOS CATOLICOS QUE CRITICAN LA ENCIOLICA.

Los católicos que critican la Encíclica son, os lo aseguro, católicos de agua dulce. Son católicos que no tienen espíritu católico, es decir, el espíritu de fé, el espíritu de sumision y obediencia al Jefe de la Iglesia.

Para ser buen católico no basta estar bautizado ó ir á misa los domingos, es preciso, ademas, ser verdadero hijo de la Iglesia, discípulo fiel y dócil de los Pastores de la Iglesia, y sobre todo, del Supremo Pastor, que es el Papa. Es verdadero católico el cristiano que *en todo* obedece á Jesucristo y á su Vicario.

Estad ciertos de que los pocos católicos que declaman en estos momentos contra la Encíclica del Santo Padre, son, ó bien cristianos poco instruidos que critican lo que no comprenden, ó bien personas que no tienen de católicas sino el nombre. No séais del número de ellas: sed dóciles á la voz de los Obispos, y ante la enseñanza de la Iglesia como en presencia de todos los demas actos de la Santa Sede, acordaos de la importante palabra del Hijo de Dios: "Quien creyere será salvado; quien no creyere será condenado."

La salud de las sociedades, como la de los individuos, estriba en la obediencia á la Santa Iglesia Católica.

XIII.

EL PONTIFICADO SE MUERE, Y LA ENCIOLICA ES EL GRITO DE SU AGONIA.

¡Singular agonía es esa fuerza prodigiosa que basta por sí sola para desconcertar al mundo y conmover á todos los pueblos! Por regla general no tienen la voz tan fuerte los moribundos.

¿Grito de agonía? Sí, como el grito del Pontificado en las catacumbas. Nunca habla el Papa mas recio ni vive mas plenamente que cuando, humanamente hablando, parece que todo se ha perdido. Hoy, Pio IX se halla en esa terrible y bienaventurada situacion: le han despojado de todo: quédale apenas un rincon de tierra y en él lo acorralla por todas partes la revolucion triunfante: parece estar perdido: todo le falta, todo, excepto Dios. Hé aquí la razon de que se halle tan fuerte y vigoroso. No tiene miedo y hay razon para ello, puesto que Dios le asiste, tanto mas, cuanto menos le asisten los hombres.

De la crucifixion de San Pedro acá, cien veces los impíos han creído ver llegar el día del Pontificado: aun batian palmas cuando ya, ¡cosa extraña! eran quienes se veían derrotados. En los momentos del entierro, el muerto resucitaba y enterraba á los que se disponían á inhumarle. Es que el Pontificado, como su Divino Fundador, lleva la vida en sí mismo y no puede morir: resucita y resucitará siempre. Como lo recordaba en otro tiempo un ilustre Arzobispo, treinta y cinco veces en el trascurso de los siglos los Papas han sido arrojados de Roma, y treinta y cinco veces han vuelto á la ciudad eterna.

No temamos por la vida del Pontificado, pues le viene del cielo. Temamos mas bien por la nuestra, que el demonio y el mundo pueden quitarnos: temamos por la fé, por la pureza de nuestro cristianismo: en un siglo como este, la fé corre grandes peligros, y solo puede ponerla en seguridad una fidelidad absoluta á la Iglesia y á su Jefe. Las gentes que tanto se preocupan con la muerte próxima del Pontificado, harían bien en preocuparse algo mas con su propia muerte, que puede estar mas próxima de lo que creen. No ha sido de ellos sino del Pontificado, de quien Dios ha dicho: "Las potencias del infierno no prevalecerán contra El."

XIV.

NO SE ESTA DE ACUERDO RESPECTO DEL SENTIDO
DE LA ENCICLICA.

En el campo enemigo nada tiene de sorprendente: los adversarios nada comprenden de ella y han olvidado hasta la primera palabra de su catecismo: al hablar de religion es principalmente cuando pierden los bártulos de una manera fabulosa.

Entre nosotros, en las filas de los fieles, todo el mundo está de acuerdo acerca de lo esencial; todo el mundo se somete de corazón y en espíritu á la enseñanza infalible del Sumo Pontífice; todo el mundo respeta la Encíclica hasta en sus menores palabras; todo el

mundo busca en ella de buena fé las saludables verdades que contiene.

Si hay todavía alguna divergencia de opiniones sobre el modo de entender ciertos pasajes menos claros, es porque la Santa Sede y los Obispos aun no explican detalladamente las doctrinas todas de la Encíclica. La luz se irá poco á poco difundiendo, pero de antemano se puede estar cierto de que todos los verdaderos hijos de la Iglesia no tendrán sino una sola creencia y una sola voz para profesarla, y profesarla ante el mundo.

Por otra parte, esas ligeras divergencias que dejan intacta la fé católica, son á menudo mas aparentes que reales, y proceden del punto de vista en que cada cual se coloca. Al explicar la Encíclica los unos atienden principalmente á los enemigos de la Iglesia, á los incrédulos, á los malos periódicos, mientras los otros se preocupan con la necesidad de dilucidar y profundizar las cuestiones, á fin de que no quede duda alguna en los espíritus, y de que reine la mas perfecta unidad en el gran ejército católico. Ambos puntos de vista son excelentes; pero dan diverso color á las explicaciones.

Lo que es muy cierto es que todos, séamos lo que fuéremos, condenamos lo que el Papa condena, y en el sentido en que lo condena. A este respecto, que es el único necesario, á semejanza de los primeros cristianos, no tenemos todos "sino un corazón y una alma." La táctica del enemigo consistirá en dividirnos para triunfar de nosotros mas fácilmente. Con la gracia de Dios permaneceremos unidos: unidos en la obediencia al Papa y á los Obispos, unidos en el terreno de la enseñanza apostólica. Agrupémonos mas estrechamente que nunca en torno de esa cátedra de San Pedro, de que San Agustín decía desde el siglo cuarto: "Dios ha depositado la doctrina de la verdad en la cátedra de la unidad."

Paseábame un día por los alrededores de Roma. Acompañado de un pastorcillo que me servía de guía, iba subiendo lentamente al monte Latino, y me divertía haciéndole preguntas sobre el catecismo. Encantábanme sus respuestas llenas de viveza y exactitud.

Le pregunté entre otras cosas: ¿quién es el Papa? El muchacho se detuvo, se descubrió respetuosamente la cabeza, y me respondió: "*E Cristo in terra.* Es el Cristo en la tierra."

Sí, el Papa es el Cristo en la tierra; es el Cristo en medio de nosotros; es Jesucristo representado por su Vicario, gobernando á la Iglesia por medio de su Vicario; enseñando á todos los hombres y á todos los pueblos por boca de su Vicario. Obedecer al Papa es obedecer á Jesucristo, y obedecer á Jesucristo es obedecer á Dios. En medio de los errores y blasfemias que pululan en torno nuestro, no perdamos de vista este punto fundamental de la fé católica: todo depende de allí, porque estar con el Papa es estar con Jesucristo, es estar con Dios.

Obedezcamos al Papa en todas las cosas; en las circunstancias presentes séamos mas sumisos que nunca á su autoridad. Nunca nos permitamos hablar de ella con ligereza, y hasta donde sea posible, no permitamos que otros se burlen de ella en presencia nuestra. No leamos los periódicos hostiles á la Iglesia. Alejémonos de los enemigos del Papa; Dios no está con ellos, y frecuentando su trato nos expondríamos á hablar y obrar como ellos.

Sobre todo, no temamos: la causa del Papa es la causa de Dios y tarde ó temprano triunfará.



DISCURSO


SOBRE LA

CUESTION ROMANA

EN EL

CUERPO LEGISLATIVO FRANCES,

Por Mr. Chiens.

 A grave materia que hoy va á ocuparnos, se divide en dos cuestiones, la italiana y la romana. Tal division es muy natural, porque la una dió sér á la otra. Con posterioridad á nuestra entrada en Italia es cuando os habeis visto arrastrados insensiblemente á tolerar primero y en seguida á favorecer y prohiar por completo la unidad italiana. A pesar vuestro, os habeis visto obligados á abandonar desde luego al Gran Duque de Toscana, despues al Rey de Nápoles, y á lo último al mismo Papa, cuyas provincias han sido abandonadas unas tras otra, debiendo serlo la última de ellos dentro de diez y ocho meses.

Imposible es, pues, aislar estas dos cuestiones, porque equivaldria á separar de la causa el efecto. Voy á tratar entrambas con cuanta brevedad me sea posible.

Siempre he estado convencido de que la unidad italiana importaba una concepcion política que tarde ó temprano daria que sentir á la Francia. Estoy convencido de que un choque con la Iglesia será siempre un peligro y una desgracia para todo gobierno regular. (Aprobacion.)

Siempre he estado persuadido de que cualquier cambio introducido en el gobierno de la Iglesia Católica seria visto por los católicos como la violacion de una de las mas preciosas libertades: la libertad de conciencia. (¡Muy bien, muy bien!)

Tal ha sido mi conviccion de todas épocas, aun independientemente de toda conviccion religiosa. Siéntome en estos bancos de la oposicion sin intento ni otro designio oculto que cooperar al restablecimiento de las libertades de mi país.

Cuando se vá en masa tras un gran fin, se sacrifican fácilmente las disenciones secundarias; pero la de hoy no puede ser reputada tal. Hoy no hablaré ni votaré como mis colegas de la oposicion. Respeto sus convicciones como respetan ellos las mías. (Asentimiento.)

La franqueza que traemos por ambas partes á las cuestiones que nos dividen, debe ser la garantía de la que empleamos respecto de los puntos que nos unen.

Trataré desde luego la cuestion italiana, y en seguida, dejándome ir, como lo ha hecho el gobierno, por el pendiente natural, llegaré á la cuestion romana.

Sin hacer gala de mi afecto á Italia, puedo decir que, despues de la Francia es el país que mas he visitado y amado. Su historia era la que escribia yo cuando la suspendí para escribir la de mi país. Comprendo que hay un bien á que debia aspirar la Italia y que tal bien es la libertad. Pero siempre he creido que tras la guerra de Crimea, habria bastado la benevolencia de las potencias occidentales, sin otra ayuda que el tiempo para asegurar la libertad de Italia.

Lo que hacia á los príncipes italianos resistirse á las aspiraciones de los pueblos, es que sentian tras sí al Austria y tras el Austria á

la Europa. Despues de la guerra de Crimea, el aislamiento del Austria los priva de aquel apoyo. Además, el tiempo habia renovado el personal de los príncipes italianos; el Rey de Nápoles habia muerto dejando la corona á su hijo, muy inocente de sus faltas y que no podia tener la fuerza de resistir á las legítimas exigencias de su pueblo.

El gran duque de Toscana, príncipe bien intencionado, queriendo el bien, pero queriendo hacerlo por sí solo, habia abdicado, disgustado de las cosas y por amor á su hijo.

El gobierno constitucional, iba, pues, á hallarse establecido en los dos principales Estados Italianos, en Nápoles y Florencia. Existia ya en Turin. Si á estas circunstancias favorables las potencias occidentales hubiesen agregado el deseo de engrandecer al Piemonte cuando se presentara ocasion de ello, la Italia, constitucionalmente gobernada con el Piemonte agrandado, habria marchado hácia sus destinos con mas seguridad que por la vía en que hoy se ha comprometido.

Habia medio mas expedito de marchar hácia lo que se llama regeneracion de la Italia, y era la guerra. Lo que voy á decir á este respecto no es una opinion de circunstancias, pide el permiso de recordar lo que yo pensaba en los dias mismos de la guerra de Italia. Yo era del todo contrario á tal guerra, tuve ocasion casual de explicarme entonces ante grandes personajes, y lo que dije ha debido permanecer en mas de una memoria. Era contrario á tal guerra, por el convencimiento de que acarrearía inmediatamente una tentativa de unificacion, y creia que la unidad no era apetecible ni para la Francia ni para la misma Italia.

He dicho que la unidad italiana no es apetecible para la Francia. Busco en vano, en efecto, en el gran libro de la historia, el ejemplo de una potencia que se consagre á crear en su frontera, á sus puertas, otra frontera casi igual á ella, y con la cual tarde ó temprano tendrá que contar ó que luchar.

Por donde quiera hallo ejemplos contrários. Cuando la Rusia quiere asumir en Europa una actitud considerable, la Suecia, su vecina mas inmediata, es quien se opone, y sabida teneis la resistencia heróica de Carlos XII. El gran Federico quiere fundar la Prusia y el Austria se le opone, y con ella las potencias todas del

continente. Conoceis los esfuerzos de Inglaterra para impedir que España se anexe el Portugal y que la Francia aumente su territorio del lado de los Países Bajos.

Abundan, pues, los ejemplos. Se dirá que esta política es rancia. Me rio cuando oigo, á propósito de este sistema, hablar de vieja y de nueva política. Cuando se trata de los asuntos interiores de los Estados comprendo que se hable de política nueva; preciso ha sido, en efecto, obligar á los Reyes á compartir su autoridad con las naciones, preciso ha sido obligar á las clases superiores á compartir su influencia con las clases medias é inferiores. Hé aquí lo que constituye la política nueva.

Pero cuando se trata de los asuntos exteriores, veo que desde la mas remota antigüedad la política extranjerá es la antigua prudencia de los Estados vigilantes, que deben siempre impedir á los pequeños Estados vecinos suyos el que lleguen á ser grandes y á causar inquietudes. Los espíritus novadores que querian la guerra de Polonia y la Italia, declaraban que era preciso restablecer á la Polonia para debilitar á la Rusia, y quitar el Milanésado al Austria para alejarla de nuestras fronteras. Hé aquí que se trataba de la política añeja.

M. Gueroult.—Pido la palabra.

M. Thiers.—No se dirá que Italia haya de ser para nosotros una aliada útil y adicta. Nada de esto creo. Hoy la Italia necesita de nosotros y no podria existir sin nosotros: nos es fiel; pero su fidelidad durará lo que su debilidad. Cuando sea fuerte querrá ser independiente, y tendrá razon.

Nadie habia contribuido mas que la Francia á la independencia de Holanda, y poco tiempo despues la Holanda se contaba en el número de nuestros mas crueles enemigos.

Tambien poco despues del tratado de 1783, la América se portaba con nosotros ya sabeis cómo. No hay en ello motivo de pasmo ni de censura. Los séres á quienes se crea no son criados para ser esclavo, sino para ser independientes; mas no por ello deja de ser una simpleza trabajar en crearse enemigos. ¡Es cierto! ¡Muy bien!

La historia futura de Italia está escrita en la de la Casa de Saboya, que en todo tiempo se ha decidido con arreglo á los intereses de actualidad. Para todos los espíritus políticos ilustrados está

demonstrando que la unidad italiana falsea todas las nociones políticas. ¿Cuál es hoy la situacion de Europa? Ciertamente nadie quiere la guerra; y por el contrario, todo el mundo quiere la paz. Hay, sin embargo, mas de una nube en el horizonte.

El primer peligro que puede y debe inquietar á Europa es la ambicion de la Prusia; el ejemplo de Víctor Manuel es tentador, y es evidente que ha impresionado á la Prusia, que, por lo demas, no necesitaba de tal ejemplo. (Risas.) Uno de nuestros principales motivos de queja contra la unidad italiana, estriba en que debe de ser madre de la unidad alemana; y el dia que la Prusia haya reunido en sus manos 40 millones de alemanes; el dia en que á los puertos de Dantzic y de Kiel agregue los de Bremen y Hamburgo, podrá apoyarse en Inglaterra y hacer correr á la Francia los mayores peligros.

El segundo peligro es la cuestion de Oriente. Esta cuestion se nos aparece hoy distante; pero la Europa incurre á veces en el error de ceer demasiado en ello, y otras veces de no creer en ello lo necesario. Si este peligro llegara á determinarse, haria correr torrentes de sangre, y el equilibrio europeo pudiera ser cambiado en provecho de las potencias del Norte.

Por último, un tercer peligro actual, presente, es la tendencia evidente de las potencias continentales á reunirse de nuevo y reformar la union destruida por la guerra de Crimea. Tal union no ha sido renovada; mas hay en esto una causa permanente de inquietud.

En presencia de una situacion así, ¿cuál es para la Francia la aliada necesaria y esencial? Lo es el Austria. Treinta años atras, cuando el Austria pertenecia al gobierno que sabeis, toda comodidad de esfuerzos era imposible; mas hoy me permitireis decirnos que el gobierno de Austria es, no mas liberal si se quiere, pero sí tan liberal como el nuestro. (Interrupcion.)

¿Cuál es el estado de Europa la potencia mas útil á nuestra política, aquella con que la Francia pueda aliarse en favor de comunes designios? Es el Austria, ora queramos resistir la ambicion de la Prusia; ora se trate de la cuestion de Oriente, en que el Austria ha deseado el *statu quo*; ora, en fin, queramos impedir la reunion de as tres potencias. En estas tres eventualidades el Austria es para

nosotros la potencia esencial. Pues bien, la unidad de Italia constituye á la Francia en antagonista obligada del Austria.

Ya comprendereis que he debido ver la guerra de Italia como una desdicha, sobre todo, en sus consecuencias. Os he dicho que esa unidad, tan poco apetecible para la Francia, apenas lo es para la Italia. Reconozco que los italianos son los mejores jueces en la cuestion y que todos los ánimos generosos en Italia opinan por la unidad; pero creo que ha sucedido á esos ánimos generosos lo que á menudo les sucede, y es no ver si la masa popular va con ellos. Por lo que á mí respecta, dudo que la masa de la nacion italiana participe de esas ideas de unidad.

Si los italianos son los primeros jueces de la cuestion, nosotros que somos los colabores de la obra, tenemos, si no me engaño, el derecho de formar opinion y decirnos que la soñada unidad no es apetecible para la misma Italia, y que era complicar el establecimiento de la libertad en su seno, querer formar de tantos Estados divididos uno solo. Por lo que hace á mí, de buena gana compararia á la Italia—que no se quejará de la comparacion—con la Grecia de la edad media.

Florenzia ha sido su Atenas, Atenas cristiana, circunstancia que no la hacia inferior á la antigua. Cuando se vé lo que ha pasado del año de 1000 al de 1600, ¿qué halla uno de comun, os pregunto, entre esa Venecia, reina de los mares, aristócrata, mas asiática que europea, sin ninguna de las pasiones de Italia, y tras siglos de opulencia y grandeza, adormeciéndose en los placeres y caracterizada por el arte colorido de los Veroneses y de los Ticianos; qué hay repito, de comun entre ella y la democrática Florenzia, sentada en las llanuras del Arno, mas rica por sus manufacturas que Venecia por sus bajeles; acabando por el despotismo de los Médicis, los césares de la paz; destinada á llevar los rasgos patentes del génio de la guerra en sus palacios, que no eran sino fortalezas embellecidos por el arte y caracterizándose con la poesía profunda del Dante, con los sábios tratados de Maquiavelo, con el arte sublime de Miguel Angel? ¡Muy bien! ¡muy bien! Vivos aplausos.)

Si pasamos de estas repúblicas que han enriquecido é ilustrado pero agitado á Italia, á la monarquía de Saboya, que no era italiana sino por la agudeza de su política, y á esa otra monarquía napolí-

tana que, bajo el cielo de la Grecia, ha tenido inconstantes destinos, normanda al principio, despues aragonesa-española, pero transmitiéndonos los nombres de Vico y Filangeri, ¿qué hay de comun entre estos dos Estados? ¡Si hubiesen olvidado siquiera sus disensiones profundas! Pero en las somnolencias de su servidumbre, meditaban en su pasado, y no pudiendo ya combatirse se unian. Pues bien, todos esos Estados, todos esos metales diversos habia que fundir en el fuego de las revoluciones. Era preciso hacer descender á Nápoles, Florenzia, Milan, Venecia, Turin, al rango de ciudades de provincia, y para consolarlas, hacer pesar á la vez sobre todas estos dos fardos de las monarquías: la conscripcion y los millones.

No es esto todo. No teníais los elementos principales de esa unidad. Imposible era excitar á la unidad sin que los ánimos se convirtiesen hácia Roma y Venecia; Roma que permitiria hablar des de lo alto del Capitolio á todas las vanidades provinciales; Venecia que traeria consigo las fronteras de los Alpes Julianos; mas era preciso arrancar á Roma al catolicismo y arrancar á Venecia no solo al Austria sino á la Europa entera.

Debo rendir homenaje á la sabiduría del Emperador. Considero la paz de Villafranca como un acto de cordura. (¡Muy bien! ¡muy bien!) Solo que habria sido preciso un segundo acto de cordura. Acaso no habriamos tenido necesidad de anexar á nuestro territorio Niza y Chamberí; pero hay algo que vale mas que dos provincias nuevas, y es una buena política.

¿Era posible fundar la unidad italiana sin llegar muy presto á las terribles cuestiones de Venecia y Roma?

Hay que hacer justicia á Italia. Desde que trabaja para unirse en presencia de todas las grandes dificultades y del establecimiento de la libertad complicada con la unificacion, se ha servido de la libertad cuerdate. Ha tenido la libertad de la prensa, la electoral, la de iniciativa parlamentaria, toda esa peste política de que debiamos morir nosotros y de que ella no ha muerto. (Risas.) La Italia, pues, ha sido cuerda, y sin embargo, y no por culpa suya, repito, ved cuán tormentosa ha sido de cinco años acá su existencia y cómo ha atormentado la nuestra.

Habíase confiado la obra, y con razon, al Piamonte, lleno de

valor y adhesión; los piamonteses pusieron, pues, manos á la obra; pero cuando los florentinos tan agudos y espirituales, vieron á los piamonteses, creyeron ver á los alemanes, á los tudescos, contra quienes tanta antipatía abrigan. En el Sur de Italia, en Nápoles, el mismo sentimiento se manifestó; fué á dar hasta la guerra civil, y hoy todavía, para contener á la parte meridional de Italia, es preciso inmovilizar allí todo un ejército. (Movimientos diversos.)

La Toscana no ha ido hasta la guerra civil: mas ateniéndose, y con justicia, por el centro mas civilizado de Europa, en nadie ha querido reconocer el derecho de darla leyes. De consiguiente, se ha renunciado á ello, limitándose á la unificación, y con todo y esto, Florencia ha mostrado un descontento que á fines del último año se reputaba orígenes graves dificultades; sin embargo, Florencia no se ha rebelado como Nápoles, y el Piamonte ha bastado para ella; pero ha extritamente bastado. (Movimiento.)

¿Por qué ha bastado? Porque el Piamonte encierra una gran fuerza, un gran valor; porque tiene un buen ejército que abriendo sus cuadros á los italianos, han seguido siendo un ejército excelente; y en fin, porque el Piamonte, de largo tiempo á esta parte, ha tenido á su cabeza una gran dinastía que ha contado en sus filas grandes capitanes, hábiles políticos á menudo, bravos soldados suficientemente astutos. (Risas.)

Era, pues, una ventaja importante, cuando se quería tentar una empresa tan revolucionaria, derrocar á los diversos príncipes reinantes en Italia para sustituirlos con una sola monarquía; era una ventaja importante poderse abrigar tras un reinado glorioso y popular. Con todo, el Piamonte no siempre ha podido sobreponerse á las dificultades; ha podido evitarlas, y hasta flanquearlas á veces; mas no siempre vencerlas. Al lado de esas dificultades especiales han venido los embarazos inherentes á las grandes monarquías; la necesidad de recoger fondos, ora por medio del impuesto, ora por medio del empréstito. Italia habia vivido hasta aquí bajo príncipes que amaban la paz; apenas pagaba 500 millones de impuestos y hoy se le piden 900; pero, no bastando el impuesto, que nunca ha producido arriba de 610 millones, se ha tenido que recurrir al crédito, cuyos recursos todo el mundo halla, bien que

el señor ministro de estado repunte un milagro la contratación de un empréstito.

El Exmo Sr. Rouher, ministro de Estado.—Conozco personas que no han podido contratarlos.

Mr. Thiers.—Se ha contratado un primer empréstito diciendo que seria el último; en seguida se celebró un segundo que debia ser igualmente el último; y en resúmen se trata de emitir un tercero, que tampoco será el último, probablemente.

Ni es esto todo. Poco se tardó en hallarse en frente de dos cuestiones inevitables; Roma y Venecia. Cuantas veces, en efecto, la Italia se ha sentido mal, ha dicho: ¡Ah! ¡Si tuviésemos á Roma, la situación seria muy diversa! E Italia ha pedido á Roma. Yo he incurrido en el error de no creerlo. Sin embargo, era cierto, y el tratado del 15 de Setiembre lo ha demostrado.

Pero respecto de la cuestion de Venecia; no era fácil decir que se negociaba, cuando el general Lamormora declaró hallarse tan convencido de que estaba en el interes del Austria ceder el Véneto, que le bastaria una muy breve entrevista con el Emperador de Austria para convencerlo de ello á su turno. (Risas.) Creo, en efecto, que el digno general Lamormora se engañaba. (Nuevas risas.) No pudiéndose decir que se negociaba, se creó un ejército y se tuvo que explicar entonces, y se ha dicho á la faz del mundo entero, que ese ejército se formaba para recobrar un bien que el Austria retenia injustamente.

Pero, con semejante teoría, ¿adónde iriamos á parar? Veríase á la Francia formar un ejército de un millon de hombres, y diria que trata de recobrar los paises todos en que se habla su lengua. Alemania se creeria igualmente con derecho de llevar la guerra adonde quiera que se hable el aleman. La Europa quedaria muy presto inundada en tanta sangre como la que se ha vertido á orillas del Potomac.

En resúmen, Italia, no obstante su cordura y su reserva, ha sido una causa perpetua de perturbacion para la Europa. A cada primavera se le ha ido á preguntar si tendriamos guerra; de suerte, que la Italia, y sin culpa suya, repito, ha sido una amenaza para el catolicismo y un embarazo político y hacendario para nosotros, al mismo tiempo que se arruina ella misma.

La situacion á fines del año próximo pasado llegó á ser tal, que se arrodillaron ante nosotros, rogándonos pusiésemos fin á tantos embarazos. He aquí la historia de los cinco años últimos. Sé que se apoyarán en ella y que dirán que tal es la causa de la Convencion de 15 de Setiembre, y que en una palabra, era preciso hacer algo.

Señores, si cuando se necesita hacer algo, bastará decir que hay necesidad de hacer algo, verdaderamente la vida seria mucho mas fácil para los individuos y para los Estados; pero esto no es suficiente. He oido, es cierto, á algunos espíritus cuerdos pertenecientes á diversos partidos de Italia, que era preciso acomodarse con lo que habia; mas para ello los hombres cuerdos tenian necesidad del auxilio de la Francia: en cuanto á los ánimos mas ardientes, preciso era que fuese ella á decirles: “No, no tendreis á Roma contra la voluntad del catolicismo; no tendreis á Venecia contra la voluntad de la Europa.”

Pero hé aquí lo que no se ha querido decir, y hé aquí lo que ha pasado: en cuanto á Venecia, no habia que pensar en ello; pero allí estaba Roma donde reinaba un mísero sacerdote profundamente respetable y respetado, y que no disponia de quinientos mil hombres. Cierta es que tenia una gran fuerza moral temible; pero la fuerza moral no se hace sentir sino con el tiempo, y se ha dicho que se podia hacer algo del lado de Roma.

Se ha puesto, de consiguiente, mano á la obra en este problema difícil; obrar en lo concerniente á Roma, de modo, que mas allá de los Alpes pareceria que dábamos á Roma, en tanto que de los Alpes acá los católicos creyeran que no la abandonábamos. (Rumores.)

El problema no era de fácil solucion, y hé aquí que condujo á la Convencion de 16 de Setiembre, cuyas estipulaciones conoceis; debemos evacuar á Roma en un plazo de dos años, á contar de la ratificacion del tratado; pero á condicion de que Italia cambiará su capital y la trasladará de Turin á Florencia. Italia se compromete, ademas á no atacar los Estados del Papa, en quien reconoce el derecho de levantar un ejército.

Hé aquí cómo se ha pretendido resolver el doble problema. Se ha dicho: los italianos han visto siempre la presencia de las tropas

francesas en Roma como un obstáculo, á lo que apellidan el progreso.

Permitidme, puesto que me he tomado el trabajo de hacer venir á París la *Gaceta Oficial* de Turin, interrumpirme aquí para daros la explicacion del diccionario Italiano hoy. El progreso moral hoy para los italianos, es un movimiento espontáneo, á veces laborioso, en cuya virtud se derroca á un gobierno y se proclama á Víctor Manuel. (Ruido.)

En cuanto á las aspiraciones nacionales, ya es otra cosa. El 17 de Marzo de 1861 el conde Cavour vivia aún; fué echada á volar en Turin una orden del dia en que se declaraba que Roma era de derecho la capital de la Italia, y que un dia lo seria de hecho: hé aquí aquello á que en Italia se dá el nombre de progreso y de aspiraciones nacionales. (Nuevo ruido.)

Los autores del problema se han dicho: habiendo los italianos considerado siempre la presencia de los franceses como un obstáculo al progreso y á la realizacion de las aspiraciones nacionales, creen que evacuada Roma por los franceses, les seria fácil á ellos llegar allí. En cuanto á los católicos, como creerán que los italianos no cambian de capital por uno ó dos años, supondrán que el establecimiento de Italia en Florencia es definitivo. Como, ademas, se ha estipulado que Italia no atacará el territorio del Santo Padre, se creará que los intereses católicos quedan asegurados.

Confiar en que se ha atinado así en la solucion del problema, es hacer muy poco favor á aquellos á quienes se quiere convertir en partícipes de tales esperanzas.

En la Convencion, lo que todo agradó á los piemonteses, fué la estipulacion de la evacuacion de Roma; pero una cosa les ha inquietado.—¿Qué compromiso—preguntaron—habeis contraido acerca del cambio de la capital? Los diplomáticos respondieron: “Jamás hemos renunciado á las aspiraciones nacionales. Respecto de Florencia no hemos contraido mas compromiso que el de trasladarnos allí. En cuanto al carácter del cambio, á nada estamos comprometidos; nos hemos comprometido á no ir á Roma por fuerza.” Así hablaban los diplomáticos.

Pronto la ley que mandaba observar la Convencion fué presentada al Parlamento, y entonces ya no quedaron dudas. En el

Parlamento se dijo: "No, nosotros no hemos renunciado á Roma; no estamos comprometidos á fundar en Florencia un establecimiento durable; hemos prometido únicamente no atacar el territorio del Santo Padre; pero demasiado sabemos que cuando los franceses salgan de Roma, nuestro programa se cumplirá, y las aspiraciones nacionales serán satisfechas."

Hé aquí lo que se ha dicho en el Parlamento de Turin, y, á tal respecto, desearia haceros dos citas. (El orador da aquí lectura á un fragmento del informe de M. Mosea, miembro de la cámara de diputados de Italia y relator de la ley que manda observar la Convencion de 15 de Setiembre. En su informe, M. Mosea declara que Italia no ha renunciado á Roma, y que abriga la intencion de ir á ella en lo sucesivo. "Solamente hemos prometido—dice—no ir por la fuerza." Contestando á una enmienda que tendia á que se declarase provisional el establecimiento de la capital en Florencia, agregaba Mr. Mosea que el carácter provisional de ese establecimiento, mas bien que de las palabras resultaba de los hechos. Mr. Thiers da lectura igualmente á un fragmento de un discurso del ministro italiano de lo interior, M. Lanza, en la sesion del parlamento de 15 de Noviembre de 1864. M. Lanza decia que la Convencion de 15 de Setiembre daba satisfaccion al honor nacional y llevaba en sí el principio de la solucion de la cuestion romana. Agregaba que el poder temporal, apoyándose únicamente en la fuerza, no podrá subsistir largo tiempo una vez que las bayonetas francesas salgan de Roma.

Así, pues, señores, para la Italia la primera parte del problema queda resuelta. Ha parecido que se le daba á Roma, y la ley fué aprobada por trescientos diez y siete votos contra setenta. Italia cree tener á Roma, y, á mi juicio, tiene razon. En cuanto á la segunda dificultad, aun no está resuelta.

El Señor Ministro de Negocios Extranjeros ha debido experimentar cierto embarazo á tal respecto. Sabeis en qué términos fué llamado á reemplazar á M. Thouvenel. M. Thouvenel creia lógicamente que, habiendo nosotros comprometido á Italia en la vía de la unidad, nos era imposible negarle á Roma.

Roma ha sido negada y M. Thouvenel presentó su dimision. Natural era, pues, pensar que M. Drouyn Lhuys se hacia cargo de

los negocios extranjeros con la resolucion de no evacuar á Roma. Ha debido experimentar sumo embarazo al leer los discursos del Parlamento piemontés, é indudablemente celebró la disposicion constitucional, que dispensa á los ministros de venir aquí á sostener sus actos. (Risas.)

Naturalmente, ha querido provocar algunas explicaciones; entonces fué cuando vimos esos documentos que tan hondamente han preocupado á Europa y afligido á cuantos desean que la Francia tenga una política neta y determinada.

Conoceis el despacho en que el Ministro expuso siete puntos ¿Por qué siete? ¿Por qué no uno solo? Uno solo bastaba. Preciso era decir simplemente á los italianos: ¿Qué entendeis por la Convencion? ¿Que una vez establecidos vosotros en Florencia los franceses saldrán de Roma; que entonces habrá en esta ciudad una revolucion que os llamará, y que vosotros acudireis? Ciertamente los italianos os habrian respondido: "Sí, eso es lo que deseamos. Pasaremos en Florencia un par de años, é iremos á Roma cuando ya vosotros no esteis allí."

Pero esto habria sido muy claro y el Señor Ministro de Negocios Extranjeros se habria hallado en el difícil caso de tener que rasgar la Convencion confesando que habia firmado una acta importante sin comprender su sentido, ó de reconocer que Roma pertenece á los italianos, y que, de consiguiente, M. Thouvenel habria podido ocupar el puesto, por lo menos con tantos méritos como su propio individuo. (Risas y movimientos diversos.)

No se ha querido tal claridad. Se ha preferido permanecer en el triste equívoco que hay empeño en prolongar y que para nadie es bueno. (Aprobacion en diversos bancos.)

Por lo que hace á mí, desearia que el gobierno aun tuviera medio de sustraerse á tal compromiso. Pero su situacion paréceme ser esa, y si me engaño, mucho me complaceria ser contradicho á tal respecto por el Señor Ministro de Estado.

Los italianos van á trasladarse de Turin á Florencia, y están haciéndolo en estos momentos. No atacarán á Roma porque son demasiado cuerdos y hábiles para ello. Hacen aun mas de lo que habian ofrecido, puesto que mantienen en Roma un órden que no habia existido allí de mucho tiempo á esta parte. Pues bien, yo

os hago esta pregunta: cuando los italianos se hayan establecido en Florencia; cuando se hayan abstenido de atacar á Roma y hasta hayan continuado haciéndola gozar de la tranquilidad que hoy reina en ella, ¿podreis vosotros dejar de evacuar á Roma?

Si lo podeis me callo y renuncio á prolongar esta discusion ya tan larga; pero no lo creo así y ante esta evidencia, diré una palabra mas, y habré concluido con la cuestion italiana. Si por el encadenamiento fatal de las circunstancias os debiérais ver arrastrados un dia á sacrificar el poder temporal del Pontificado, habriais debido al menos arreglar las cosas de manera que el sacrificio fuese provechoso á Italia.

La situacion no habrá sido peor para Roma, aun cuando los italianos hubiesen permanecido en Turin, y habriais evitado á Italia la conmocion que el cambio de capital ha causado. Ese cambio ha causado á Italia dos especies de males.

La ha agitado profundamente y ha excitado de nuevo las antipatías nacionales. Se ha hecho sentir cruelmente al Piamonte, cuando se quejó, el error de sus antiguas pretensiones, y, en tanto que aumentábais en sí las animosidades, disminuiais en manos del gobierno los medios de dominarlas, y todo ello, ¿para qué? Para haceros de un velo, de un triste velo azaz engañoso, que han hecho trizas los italianos.

Se me dirá, lo sé, que hemos asegurado el porvenir y que nos hemos reservado nuestra libertad de accion. ¿Se nos habla por ventura sériamente de tal reserva? ¿Qué significa esto? ¿Significa que, si despues de la salida de nuestras tropas estalla en Roma una revolucion, volvereis allí? Pido que se me explique este misterio. ¿Pensariais en volver á Roma? ¿Y cómo? ¿Os seria preciso emprender un segundo sitio para recobrarla de manos de la Italia! No, no digais eso, porque es inadmisibile.

Sé que en otro recinto se ha dicho que no se renunciaba á una reconciliacion entre Italia y la Corte Romana. Pero, ¿se ha meditado bien en ello? ¿Es esto formal? ¿Una reconciliacion entre el Pontificado y la Italia; entre la Italia que quiere á Roma, que la quiere absolutamente, y el Papa que podria abandonar una provincia, pero que no puede abandonar á Roma sin abandonar al mismo tiempo el poder temporal, y de consiguiente, sin violar su

juramento; entre la Italia, que quiere á Roma y el Papa que no puede renunciar á ella!

¡Ah, Señor Ministro de Estado, nos tratais á menudo sin miramiento alguno! (Interrupcion.) Hemos visto en esta tribuna á Ministros notables, con talentos reconocidos del mundo entero, una elevada posicion personal, una voluntad preponderante en los negocios del país, y que, sin embargo, nos dispensaban la honra de guardarnos consideraciones. (Interrupcion.) No nos decian como vos nos dijísteis anteayer, que tal ó cual de nuestras proposiciones excitaba la risa del mundo. (Rumores.)

No os imitaré, porque la verdadera dignidad no estriba en las consideraciones que obtenemos, sino en las que guardamos. Pero diré que si hay algo que excite la risa del mundo, es esa reconciliacion imposible.

El Exmo. Sr. Rouher, Ministro de Estado.—Aun cuando fuese un sueño, seria respetable. (¡Muy bien! ¡Muy bien!)

Mr. Thiers.—Nunca es respetable lo que se promete si es imposible. Pero llego á la cuestion romana.

Voces numerosas. —¡Descansad, descansad!

Se suspende la sesion y continúa un cuarto de hora despues.

El Señor presidente Schneider.—Tiene la palabra Mr. Thiers para continuar su discurso.

M. Thiers.—Señores: llego á la mas grave, á la mas grande, y creo poder decir á la mas angusta parte de este asunto. No espero que nuestro consejo logre ejercer una influencia útil en la situacion que nos han creado los sucesos; pero lo que me hace tomar la palabra acerca de tan grave materia, es el estado de la opinion pública.

La opinion pública se forma, sobre todo, por medio de la prensa. (Movimientos diversos.) No trato de herir á la prensa; sé que es perfectamente sincera, que ama la libertad y que no llevará á mal que se produzca una opinion contraria á la suya. (¡Hablad! ¡Hablad!) Deseo que los amigos de la libertad vean los dos lados de la cuestion. Hasta aquí no les ha sido enseñado sino uno de ellos.

He oido decir que si el poder temporal sucumbiese, así lo habria querido la civilizacion. ¡Cómo! ¿Querria la civilizacion una gran

revolucion en el gobierno de la Iglesia Católica? ¡Nunca! Tal vez materia tan importante ha sido tratada de un siglo á esta parte por una asamblea francesa, y pido á la cámara me permita enunciar algunas consideraciones generales.

¿En qué punto de vista hay que colocarse para examinar esta cuestion? Debemos aceptar el de los católicos fervientes, cuya fé sincera, pero ardiente, puede á veces ofuscar el juicio; ó el de los espíritus orgullosos y sistemáticos, que por huir de antiguas preocupaciones se exponen á caer en otras mas raras? Ni lo uno ni lo otro. Nuestro punto de vista debe ser el del legislador, el del hombre de Estado, que estudia las necesidades de la sociedad humana y se complace en satisfacerlas. Ninguna sociedad humana es posible sin ciertas ideas morales fuertemente establecidas.

Estas ideas descansan en la nocion clara y distinta del bien y del mal, de la diferencia que los separa y de la preferencia decidida que debemos al uno sobre el otro. Estas ideas deben estar profundamente arraigadas, deben tener autoridad sobre los espíritus y los corazones, no al grado de que el mal sea imposible; pero sí al punto de que el hombre honrado que se extravíe, pueda formar el proyecto de volver al bien y de no apartarse de él jamas. (¡Muy bien! ¡Muy bien!)

Mas para tener esta autoridad, esas ideas deben reconocer un origen superior. Si no están basadas sino en las necesidades sociales, la vecindad de los intereses humanos las hace sospechosas. Si por el contrario, los pueblos están convencidos de que este órden admirable del Universo es el pensamiento y la voluntad de una inteligencia superior, que es á la inteligencia del hombre lo que la inmensidad del Universo es á las obras bellas, pero perecederas, que llamamos el Parthenon y San Pedro. (Viva aprobacion.) Entonces el bien nos aparece como una parte de ese órden admirable; el hombre que practica el bien, se eleva hasta esa inteligencia superior, y la idea del bien encuentra su grandeza, su dignidad y su belleza ideal. (¡Muy bien! ¡Muy bien!)

Pues bien, quien quiera que contribuye á inculcar en las almas esas nobles ideas, esas ideas necesarias; sea el filósofo á nombre de la razon humana, el sacerdote á nombre de la fé, el pastor protes-

tante á nombre del libre exámen, ó el israelita á nombre de Moisés; todos ellos son los bienhechores de la humanidad.

Los gobiernos deben considerarlos como los mas útiles cooperadores y asegurar á todos ellos una posicion tranquila y respetada. El Estado no debe hacer distincion en cuanto á la fé. Cada cual tiene su fé y la guarda para el hogar doméstico.

El Estado no debe tener mas religion que la de la justicia. (¡Muy bien! ¡Muy bien!) En presencia de hombres que todos son ciudadanos, debe á todos ellos la igualdad del ciudadano, y todos ellos deben tener la facultad de practicar su fé, sin lastimarse mutuamente, en plena libertad. De parte del Estado no es indiferencia, sino tolerancia y justicia. Todos los cultos son iguales, no respecto de la verdad, sino respecto de la ley. Ningun culto debe dominar ni ser dominado.

No siempre ha sucedido así; durante muchos siglos la Iglesia ha poseido y dominado á la sociedad. Cuando la antigua Roma cayó vencida y sangrienta á los piés de los bárbaros, la Iglesia Romana recogió al espíritu humano como á un niño espirante sobre el seno de la madre degollada, le albergó en sus asilos religiosos, cuya arquitectura admirais todavía; allí le nutria con las letras griegas y latinas, enseñándole cuanto sabia ella, prodigándole todos sus cuidados hasta el dia en que el niño, convertido en hombre, se llamó Bacon, Descartes, Galileo. Entonces sucedió lo que sucede á las madres mas tiernas; quiso conservar á su hijo, quiso guardar un dominio demasadamente prolongado. La Iglesia poseia á toda la sociedad europea; extendia su diestra sobre la cabeza de los reyes, no admitia otro culto que el suyo; llevaba los registros del estado civil; enseñaba ella sola y mandaba á la ciencia, y cuando Abelardo queria no profesar otra fé que la suya, sino recurrir á diverso método de enseñanza, la Iglesia condenaba á Abelardo. Era un órden en el Estado, tenia grandes bienes, no pagaba impuestos ni sufría otras leyes que las suyas.

Tal estado de cosas ha debido cesar. Grandes críticos y jurisconsultos comienzan la obra de emancipacion; la revolucion francesa la acaba; los jurisconsultos y los Obispos declaran que los reyes y el Estado eran independientes de la autoridad religiosa. El gran Bossuet dijo que la Iglesia Romana no era una monarquía

absoluta, sino ajustada á leyes que debian ser aceptadas por la Iglesia Universal. En seguida aparecieron las Universidades dando principio á la enseñanza seglar.

La revolucion francesa dió fin á la emancipacion, retiró el estado civil de manos del clero y distinguió la obra del sacerdote de la del magistrado. Quizo que la ciencia fuese libre, sabiendo demasiado que podria engañarse, pero recordando que á fuerza de engañarse habia descubierto el espíritu humano la atencion. Qui-so que los cultos estuviesen asalariados; que el sacerdote lo estuviera lo mismo que el magistrado que imparte la justicia, y que el soldado que defiende nuestra bandera, á partir de ese dia han sido iguales los cultos.

¿Sentiria hoy la Iglesia no extender ya la diestra sobre las coronas? No: ya no piensa en ello. (Interrupcion.) ¿Sentiria no llevar ya los registros del Estado civil y querria exponer á sus sacerdotes á venir ante los tribunales á responder de infidelidades é inexactitudes en los registros del estado civil? ¡Echaria de menos la educacion! Hoy tiene todo aquello que la confianza de las familias le otorga. Si comparamos las generaciones del siglo XIX con las del siglo XVIII, ¿qué vemos?

En el siglo VIII, en las generaciones que salian de los institutos católicos, el signo del tiempo era *no creer*. Hoy el no creer es un acto de libertad que todo el mundo respeta; pero de que nadie se gloria.

La ciencia es libre, cierto es. Pero desde que la ciencia es libre, es cuando el sucesor de Buffon, el ilustre Cuvier, ha podido demostrar autoritativamente, porque lo hacia con la dignidad de la independenciam que de todas las tradiciones históricas, la mas verdadera y conforme á la ciencia era la tradicion de la Biblia. (¡Muy bien! ¡Muy bien!)

Ya no tenemos esos magníficos Prelados de otras épocas, que constituian las delicias de la corte y á veces el escándalo de la ciudad; pero tenemos, lo sabeis, Prelados respetables y respetados que han sabido conservar las sábias tradiciones de sus predecesores. Sin duda no tenemos ya Fenelones ni Bossues; pero no es la Iglesia la única á quien aflige esta falta de ilustraciones. La literatura tampoco tiene ya Molières ni Corneilles; la política no tiene

Montesquieus, y abatiendo nosotros la frente en presencia de esos ingenios poderosos, debemos consolarnos de nuestra mediocridad admirando la gloria inmortal que difundieron sobre nuestro país.

No; la Iglesia no tiene que deplorar la igualdad proclamada entre todos los ciudadanos, me permitirá decir que en ella ha ganado una compensacion considerable. Ha perdido sus privilegios, pero ha adquirido la fuerza del derecho, y el derecho de la igualdad no es otra cosa que la inviolabilidad. (Aprobacion.)

Cada culto, señores, tiene su principio. Para los protestantes el principio es el libre exámen; para los católicos la unidad de la fé. Para los primeros, la libertad de exámen significa que ninguna comunión está sometida á otra y que cada cual tiene derecho de pensar sobre cualquier cuestion religiosa con arreglo á sus propias inspiraciones.

Para los católicos, el principio es que no existe sino una sola comunión, cuyo centro está en Roma y á cuya cabeza se halla un Jefe completamente Soberano en el lugar de su residencia. No tengo que entrar en el exámen de estos principios ni que inquerir si los protestantes se engañan ó no, ni si los católicos están ó no en error. Esto no me incumbe.

Pero hé aquí lo que digo. Si hoy se quisiera perturbar la práctica del principio de los protestantes, os sublevariais contra ellos. Pero si los protestantes deben ser separados en su fé, no debe serlo menos la fé de los católicos. (Numerosas señales de adhesion. ¡Muy bien! ¡Muybien!) Y este principio de la unidad de la fé bajo la autoridad de un Jefe completamente Soberano en el lugar de su residencia, debe ser tan sagrado como el príncipe protestante.

He consultado las estadísticas, y he visto que en Francia los isrealistas son 100,000, que se cuenta un millon de protestantes, y que hay, por último, treinta y seis millones de católicos. Pues bien: reconozco gustosamente que el número en nada aumenta el derecho; pero es indudable, tambien, que nada puede quitarle tampoco. (Aprobacion.) Podria agregarse que el catolicismo fué quien bendijo la bandera de Clovis, la bandera de Condé, la bandera de Napoleon: que él fué quien inspiró nuestras grandes obras nacionales *Polyeucto*, *Athalie*, y quien dictó la palabra de Bossuet. (¡Muy bien! ¡Muy bien!) Pero me limitaré á decir que hay algo mas res-

petable todavía que el número y mas elevado que la gloria, y es el derecho. No es á nombre de los católicos como hablo aquí, sino á nombre del derecho; el derecho es lo único que invoco. (Nueva aprobacion.)

Sin duda la posicion del Papa como soberano extranjero puede hacer surgir complicaciones. Si nosotros lo encontramos, por ejemplo, como Bonaparte encontró á Pio VI, comprometido en una liga de soberanos italianos contra la Francia, tendríamos contra él todos los derechos que nos asistirían contra cualquiera otro príncipe extranjero.

Pero al mismo tiempo, si en virtud de ciertas circunstancias, la soberanía religiosa puesta á la cabeza del catolicismo estuviera amenazada, sin acto alguno de hostilidad de su parte, y dependiese de vosotros sostenerla, sin que razon alguna relativa á la grandeza y al interes de la Francia os obligara á atentar á su existencia; en este caso, digo, que si tolerábais que tal soberanía fuese atacada atentariáis á la libertad de conciencia en lo que respecta al principio católico; y agrega que, cuando la grandeza de la Francia no se halla interesada en ello, no teneis el derecho de afligir á 36 millones de católicos.

Tal es la cuestion de derecho. Ahora, ¿cuál es la posicion de la Francia respecto del Jefe religioso del catolicismo?

¿Es cierto que desde que entramos en Italia todo lo que allí se ha hecho ha sido por voluntad de la Francia? ¿Es cierto, asimismo, que desde que entramos en Italia los príncipes italianos fueron derrocados? Nadie puede dudarlo. Ya veis qué responsabilidad traería para nosotros la caída de la Santa Sede. Hasta aquí la salvacion del Papa ha sido obra nuestra, y á menudo se ha gloriado de ello el gobierno. (¡Sí; es cierto!)

Pues bien, hoy todavía sin esfuerzo alguno la suerte del Pontificado sigue en nuestras manos. Con una sola palabra podemos perderle. No solo vosotros sabeis, sino que el mundo entero sabe que su existencia depende de nosotros. (Movimientos diversos. Varias voces. ¡Muy bien! ¡muy bien!)

Sí; no hay que pronunciar sino una palabra, todo depende de la palabra que pronuncie la Francia.

Pues bien, lo repito, si hubiese un gran interes para la Francia

en atentar al principio de la unidad católica, tendríais escusa al hacerlo.

Pero de otra manera atentais á la libertad de conciencias de los católicos, á quienes no teneis derecho de llevar la desolacion sin un interes poderoso. ¿Existe, pues, tal interes? En verdad que el mundo se reiria al oír esta pregunta: ¿Está en el interes de la Francia abandonar el catolicismo?

Todas las naciones noblemente ambiciosas se han creido en el deber de proteger en todas partes su culto nacional y de formar con sus correligionarios una clientela política. Os citaré á la Rusia, el Austria y la Inglaterra.

En donde quiera que hay una capilla griega, la Rusia se cree con el derecho de intervenir, y la situacion creada á sus correligionarios en Jerusalem por la Puerta, fué la causa originaria de la guerra de Crimea. Véis, pues, que la Rusia ha afrontado una guerra considerable por la proteccion de su culto nacional.

Inglaterra no ha sostenido con menos celo la causa de los protestantes en toda circunstancia. Bajo Luis XIII, los ingleses sostenian á los protestantes de la Rochela, y todavía al presente, cada año llegan á Inglaterra grupos de protestantes á quejarse á lord John Rusell de que no se les deja difundir biblias protestantes en Turquía. El gobierno acoge tales quejas y es evidente que no solo quiere proteger al protestantismo, sino que aparezca que lo protege.

En cuanto á la casa de Austria, ¿necesito recordar lo que los emperadores germánicos han hecho por el culto católico?

Con posterioridad el Austria ha perdido el cetro germánico; no puede ya proteger eficazmente al catolicismo, y á la Francia es á quien corresponde hoy el patrocinato del catolicismo.

Pues bien, lo que la Rusia ha hecho por el culto griego, lo que Inglaterra ha hecho por el protestantismo, Francia debe hacerlo por el catolicismo. No nos forjemos ilusiones.

La suerte de los católicos se halla, pues, en nuestras manos. No será á los italianos á quienes echen la culpa de los sucesos que han de sobrevenir; no, sino á nosotros. Os convendrá, pues, enagenaros las simpatías de los católicos de ambas américas, de Oriente,